

Metodología y organización

ESTUDIAR, APRENDER, SABER...

Por AMBROSIO J. PULPILLO
Secretario del C. E. D. O. D. E. P.

He aquí tres acciones correlativas de las que en la Escuela no se puede prescindir. Independientemente de todo, de los sistemas, de los métodos, de las estructuras programadas y de su periodización, el estudio, el aprendizaje y el conocimiento han de darse siempre y en cada momento de nuestra actividad docente.

Tal y como han sido enunciados en este artículo señalan un proceso, con su punto de arranque, su desarrollo y su culminación, hasta el extremo de que si invertimos el orden tenemos:

- a) Lo primero en la intención, la finalidad, que es el saber.
- b) El medio o procedimiento, que es el aprender.
- c) Y un instrumento, no el único, que es el estudiar.

Mas no vamos a deslizarnos aquí por la pendiente de las disquisiciones filosóficas, muy interesantes de por sí, pero que nos alejarían de la vertiente práctica encaminada a facilitar accesos para lograr el perfeccionamiento, didáctico del Maestro.

El estudio en la Escuela y el estudiar del escolar.

Hay una acepción amplia, honda, del verbo estudiar que comporta toda una conducta del hombre; como cuando el médico estudia un enfermo o el maestro estudia al alumno o cuando estudiamos un problema vital a fin de encontrar su mejor solución. Entonces se observa el hecho, se analiza en sus pormenores, se indagan sus antecedentes, se consideran las consecuencias, se proyecta y se realiza, en fin.

Però no es éste el significado más corriente del estudio como acción. Cuando en la Escuela, en el Instituto e incluso en la Universidad hablamos de «estudiar» nos referimos a coger un texto y, en su totalidad o en sus partes, tratamos de comprenderlo más o menos y de retenerlo con la mayor fijeza. Algunas veces intentamos aplicarlo o reconstruirlo.

En este sentido el estudiar no es más que un medio para llegar al aprender. En el mismo o distintos planos podríamos optar por las aclaraciones y enseñanzas de los profesores, por la observación de los hechos *in vivo e in situ*, por la experimentación, por la vivencia, la representación, etc.

De todos modos el estudio debe englobar, cuando menos, estas operaciones:

- a) Entender o comprender.

- b) Retener y recordar.
- c) Aplicar y re-producir.

Todo ello implica tres poderes inconfundibles de nuestra mente: la inteligencia, la memoria y la imaginación. Con una nota especial, la de su carácter personal, es decir, que el estudio es algo propio del sujeto estudiante. El Maestro podrá abrir caminos, facilitar andaderas, aprovecharse de intereses y necesidades, pero siempre será el alumno, con su potente voluntad, quien ha de llevarlo a cabo.

Entendiéndolo así, ¿es posible el estudio en la Escuela primaria? Es clásica la teoría de que la Escuela se limita a hacer «retener» los conceptos, el Instituto los hace «comprender» y la Universidad los «reelabora». Sin embargo, *mutatis mutandi*, creemos que las tres operaciones fundamentales que exige el estudio pueden y deben realizarse en la Escuela Primaria.

Lo que ocurre es que lo primero, que es función de la memoria, facultad, por otra parte, muy apta para ser explotada en el niño, es el aspecto más fácil, y así la Escuela es primordialmente memorizante.

Cuando el Maestro quiere hacer razonado el estudio explica, aclara conceptos, pone en juego la inteligencia del escolar, pero si se queda en esto, es por que estamos ante una Escuela intelectualista, también incompleta e imperfecta.

Hace falta para que el estudio reúna sus tres notas esenciales que se ponga en juego la imaginación, aplicando prácticamente lo entendido y fijado, combinando elementos conocidos para dar lugar a formas nuevas, produciendo, creando.

Y surge otra interrogante: ¿Puede lograrse ese triple juego de ejercitación en el escolar primario?... En la primera etapa de escolaridad, seis a ocho años, es imposible. En el segundo ciclo de enseñanza, ocho a diez años, difícilmente. En el período de perfeccionamiento, diez a doce años, casi plenamente. ¿Cómo?:

- Enseñando al niño a observar y reflexionar sobre las cosas y los fenómenos.
- Descomponiendo y recomponiendo, analizando y sintetizando.
- Asociando y relacionando hechos y procesos.
- Definiendo y clasificando.
- Aplicando y proyectando.
- Elaborando y construyendo.
- Corrigiendo y criticando.

En resumen, haciendo nacer, desarrollar y fijar los hábitos operativos y mentales inherentes a todo proceso cognoscitivo.

El acto de aprender y el aprendizaje.

Mediante esta forma de estudio es claro que podemos llegar al aprendizaje, porque el aprender, que consiste en adquirir el conocimiento de alguna cosa, no es más que el estudio integrado, la encarnación de conceptos o habilidades (valga la metáfora) en nuestro propio carácter. No basta con entender, retener y reproducir, que sabemos se favorecen con la claridad, el ejercicio y la disposición, sino que, además, a esa triada de esfuerzos hay que añadirle la cualidad de lo «tenido» o «poseído», como diría Driesch. Es así como el aprender implica un cambio de conducta. En cierto sentido el estudio es objetivo, mientras el aprendizaje exige la relación objetivo-subjetiva con más fuerza. El estudio debe administrarse como estímulo funcional y el aprendizaje tiene que estar fuertemente motivado. El estudiar postula una materia lógicamente organizada y el aprender un contenido psicológicamente dispuesto. El estudio obedece a una curiosidad y el aprendizaje a una necesidad. Con el estudio el hombre progresa, con el aprendizaje se perfecciona. Estudiar es pretender dominar la ciencia, aprender es ponerse en camino para llegar a la sabiduría.

Pero quizá con estas expresiones hayamos llegado muy alto o rondado los éxitos del puro lirismo. Descendamos al terreno de la aplicación.

Por lo pronto, el Maestro no puede olvidar que el aprender muerde a todos los aspectos del trabajo escolar: al lenguaje, al cálculo, a todos los procesos perceptivos y estimativos, a las aprehensiones y actitudes... Con más ahinco aún a las adquisiciones formativas que a las puramente instructivas o informativas.

Y puede servirse de la asociación y sus leyes como las enunciara Aristóteles (contigüidad, semejanza y contraste), o del mecanismo aperceptivo al modo herbartiano, siguiendo el conexionismo propugnado por Thorndike o la psicología gestaltista de Köhler y Koffka. Considerando el aprendizaje como proceso de condicionamiento o de refuerzo; teniendo en cuenta los incentivos extrínsecos o las necesidades biológicas, Globalizando materias o atomizando los conceptos en razón a sus dificultades, como aconseja Skinner. Mediante la dirección del trabajo escolar o por actividades autónomas; de todas las formas posibles, y aunque se tenga la evidencia de que ninguna de ellas es definitiva por sí sola, aprovechándose de ese «algo útil» que cada una le ofrezca.

Seamos o no partidarios del pragmatismo, hay que admitir que en el caso concreto del escolar primario es mejor ir de la acción a la noción que no al revés, de lo real o lo ideal que no a la inversa; que por el camino de las experiencias se hace más corto el aprendizaje y que cuando los temas son significativos para el alumno con más facilidad son aprendidos.

Mas hay todavía otro punto que no queremos dejar de resaltar, y es que tiene más importancia en el proceso instructivo primario el crear la capacidad de aprender que el aprender mismo. Y sabido es que dicha capacidad exige primeramente un factor decisivo, la maduración. Numerosos estudios experimen-

tales, que no viene al caso citar aquí, han demostrado que existen unas etapas, unos jalones, al compás de los cuales se va produciendo el desarrollo síquico y se van obteniendo unos niveles educativos que condicionan cuantitativa y cualitativamente el aprendizaje. Pretender adelantar el proceso o dar saltos inadecuados equivale a derrochar esfuerzos sin fruto, al menos en el discípulo de tipo medio.

Por otra parte, la acción, el ejercicio; trabajando, manejando, conviviendo, cooperando y compitiendo en sana y deportiva emulación; favoreciendo la confianza en sí mismo, estimulando todo tipo de esfuerzo personal, sin olvidar, claro está, las diferencias individuales de las posibilidades innatas y adquiridas, etcétera, etc., es como mejor se llega a crear esa capacidad de aprender.

Con el estudio al modo tradicional, con las lecciones o explicaciones clásicas, con el aprendizaje libresco o verbalista, claramente se advierte que no podemos conseguir gran cosa a este respecto. Hacen falta otro proceder más funcional y unos contenidos materiales más vitales, más prácticos, desde el punto de vista de lo que luego la sociedad y el mundo van a exigir al escolar cuando deje de serlo para insertarse en el mundo del trabajo.

El saber, como culminación didáctica.

Si el aprender exige la posesión de lo estudiado, el saber implica la propiedad de lo aprendido. Es éste un género de posesión tan permanente que no se puede perder ni enajenar. Por eso tan ingenua resulta la expresión de algunos escolares que, puestos en la violencia de demostrar lo que saben, contestan «lo sé, pero no me acuerdo», como la posición de los que todavía defienden aquel aforismo de los escolásticos que rezaba así: *tantum scitur quantum memoria retinetur*. Lo que se estudia se olvida, lo que se aprende puede no recordarse por desuso en su ejercitación o aplicación, pero lo que se sabe, que ha tenido que ser aprendido viviéndolo, haciéndolo, actuándolo en el sentido de sacarlo de la potencialidad, eso no se olvida, no se puede olvidar, a no ser que un trastorno mental profundo se ponga de por medio.

Además, el saber da sentido al aprender y hasta al vivir del hombre. Mediante el aprender podemos llegar a conocer más o menos cosas o hechos y a poseer determinadas convicciones y opiniones, pero para arribar a una «concepción del mundo y de la vida» no nos basta, es preciso un saber. Sólo los que saben no se desorientan y están capacitados para orientar a los demás. Porque si el aprender puede ser más o menos indiferente a la verdad, el saber, en cambio, exige que lo que se aprenda sea verdadero. Podrá darse el caso de un saber ficticio, en cuyo caso parece saber, pero no es saber; mas nunca se dará un saber falso, porque sabiduría y falsedad son incompatibles por esencia.

Aquí radica la principal dificultad del saber, en el relacionarse estrechamente con la posesión de la verdad, o de determinadas verdades, si se trata de sa-

beres; por ello los sabios antiguos no se quisieron llamar «sofos», sino «filo-sofos».

Por otra parte, el sabio no solamente sabe, sino que, además, conforma su vivir con su saber, porque posee unos criterios y cree en ellos, condición *sine qua non*, como advirtió Ortega, para que las ideas sean actuantes, porque únicamente así acomodamos nuestras acciones a nuestras opiniones, en una palabra, obramos y vivimos auténticamente, lo que viene a confirmar que el saber es en muy buena parte obra de fe. Así, Sófocles consideraba el saber como la parte más considerable de la felicidad.

Y siendo así, ¿qué puede hacer la Escuela primaria y el Maestro con relación a la posesión del saber? Quizá poca cosa, pero muy importante. El Bautista «preparó» los caminos del Señor: el maestro «prepa-

rará» los caminos del saber. ¿Cómo? Con su ciencia y con su arte. Con su ciencia, que es la ciencia del niño, y con su arte, que es el arte de forjar hombres. Forja que exige como fragua una ardiente vocación, como yunque la ejemplaridad y como martillo la constancia.

Pero ¿hasta qué punto el niño es capaz de saber realmente, con ese ambicioso alcance que le hemos querido dar al vocablo? Ciertamente que no es el sujeto apto para un saber adecuado, pero sí de un saber-esperanza, de un saber incipiente que requiere como premisas un estudio bien dirigido y un aprendizaje racional y activo. Al menos sabemos que el niño es buena tierra para recibir buena semilla. Sembramos, cuidemos del sembrado y esperemos al agosto.

APRENDIZAJE Y TRABAJO ESCOLAR

Por VICTORINO ARROYO DEL CASTILLO
Jefe de Publicaciones del C. E. D. O. D. E. P.

La ya próxima publicación de niveles mínimos de rendimiento en cada curso escolar vendrá a transformar la estructura de nuestra Escuela primaria. Si hasta ahora, con honrosas excepciones, se está sosteniendo una Escuela libresca, mecánica, memorística, con la puesta en marcha de los niveles y de los cursos se aspira a una Escuela activa, reflexiva y educadora.

La Escuela no sólo deberá impartir una serie de conocimientos, sino facilitar una serie de hábitos deseables y fortalecer una serie de actitudes positivas, con el propósito de dar una educación integral, en todo el amplio sentido de este ya viejo concepto.

DISTINTAS ETAPAS EN EL APRENDIZAJE

Para aprender y saber hay que saber y aprender a estudiar. En el estudio debe tenerse en cuenta una doble finalidad: conquista y comunicación de nociones, saberes y verdades.

En la conquista de la verdad pueden distinguirse distintas fases:

1. *Encuentro con el saber*: Es el momento en que el escolar se enfrenta con un contenido nocional que tiene que incorporar a su haber intelectual. Y esta incorporación no va a producir el mismo fruto si se acostumbra al escolar a realizarla de una forma pasiva, mecánica, memorística, repitiendo palabras y conceptos, o se le acostumbra a realizarla de una forma activa, motivadora y reflexiva.

La Escuela debe darse cuenta de que importa más que el escolar descubra una pequeña noción, un pequeño saber, una pequeña verdad, que darle muchas verdades, saberes y nociones ya descubiertas, en un aprendizaje mecánico y memorístico.

2. *Asimilación del saber*: La fase anterior se completa cuando el escolar logra apoderarse del objetivo

propuesto y el maestro comprueba dicha adquisición, sin hacer mayor hincapié en la forma o modo de adquirir.

En esta segunda fase se trata de incorporar al haber intelectual del escolar el objetivo alcanzado, la noción lograda, el saber aprendido, la verdad conquistada, integrándoles con otros conocimientos. Es el momento de realizar una serie de asociaciones y de relaciones al objeto de dar al saber un cierto sabor. Es el momento en que el maestro debe preparar al escolar para que éste realice sus propias relaciones y asociaciones.

La asimilación de un saber no debe darse completamente hecha, con ingenios más o menos artificiales, sino estimulando y sugiriendo al escolar para que realice determinadas conexiones asociativas.

3. *Estructuración del saber*: Es un momento en que debe ser recogido el esfuerzo de las dos fases anteriores. El escolar, después de enfrentarse con una noción y de asimilar un saber, ha de organizar en una cierta estructura mental dicho contenido, dotándole de una serie de significaciones, según su temperamento personal y la inquietud que persiga. Todo ello marcará en el escolar una conducta a seguir. Es un momento en que el escolar necesita ayuda, orientación, consejo, para poner en práctica el saber adquirido.

En la comunicación del saber, de la verdad, también pueden distinguirse varias fases:

1. *Actitud comunicativa*: La noción alcanzada, el saber conseguido, la verdad conquistada, no debe quedar encerrada en la propia persona, en el haber exclusivo del escolar o del maestro. Todos necesitamos de los demás y los demás necesitan de nosotros. La escuela debe preparar al escolar para una actitud abierta y comunicativa con los otros. El escolar no debe ver al otro escolar como un competidor, sino como un colaborador.